

Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo I

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Historia/Elede

1947

366 p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 2)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 3 de septiembre de 2016

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz01.html>

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

CAPÍTULO VII - BIS *

PRIMER SITIO DE OAXACA

Del 28 de diciembre de 1857 al 6 de enero de 1858

Entre tanto, el primer Congreso Constitucional se había reunido en septiembre de 1857, y el general Comonfort, electo presidente, había inaugurado su nueva administración el 1º de diciembre siguiente; pero por desgracia y cediendo a influencias malignas del partido conservador y de pocos liberales visionarios, disolvió el Congreso el 17 del mismo mes, y proclamó la dictadura, cambiando así sus títulos de presidente constitucional por el de jefe de asonada. El partido conservador lo arrojó a poco de la capital y quedó en posesión de ésta hasta el 24 de diciembre de 1860.

Juárez había sido electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, lo que le daba el carácter de vicepresidente, y había sido nombrado por Comonfort, ministro de gobernación, al inaugurar su período constitucional. Cuando Juárez salió de Oaxaca, fué nombrado gobernador del Estado el señor licenciado don José María Díaz Ordaz. Al dar Comonfort su golpe de Estado, arrestó al vicepresidente de la República, quien fué puesto en libertad cuando los conservadores arrojaron de la capital a Comonfort, y entonces Juárez estableció el gobierno constitucional sucesivamente en Querétaro, Guanajuato, Guadalajara y al fin en Veracruz, en donde permaneció hasta enero de 1861 que volvió a México.

* El autor previno que se hiciera, como se hizo, esta modificación. "Con objeto de consagrar un capítulo separado a cada incidente deberá dividirse en dos el capítulo VIII, el primero que será capítulo VII bis llevará el encabezado que precede y se compondrá de los párrafos primero y segundo de la página 43, primero y segundo de la página 44 y primero de la página 45 y de la siguiente."

A poco de mi regreso a la ciudad de Oaxaca, después de la acción de Ixcapa, salió el mayor Montiel con una partida de mi cuerpo, y eso hizo que me encargara yo del detall del batallón, por cuyo motivo y teniendo aún dificultad para andar, establecí mi habitación en el cuartel donde estaba la mayoría, esto es, en el convento de Santo Domingo.

Encontrándome allí, y todavía impedido, se acercó una columna a las órdenes de don José María Cobos, que los conservadores mandaron de México sobre Oaxaca. Cobos ocupó la ciudad y estableció su cuartel general en el palacio del Estado, y el gobernador con las guardias nacionales a las órdenes del coronel don Ignacio Mejía, se refugió en los conventos de Santo Domingo, el Carmen y Santa Catarina, que fueron sitiados por las fuerzas de Cobos. En momentos en que el gobernador Díaz Ordaz y el coronel don Ignacio Mejía discutían en mi presencia los medios de defensa de la ciudad y se lamentaban de que había pocos oficiales disponibles, les manifesté que podían disponer de mí, no obstante que tenía todavía abiertas mis heridas. Aceptaron mis servicios y me nombraron comandante del fuerte de Santa Catarina, convento cercano a Santo Domingo que se me entregó para defenderlo, y que como lo exigían las circunstancias, yo debía convertirlo en fortaleza; el coronel Díaz Ordaz, gobernador del Estado, tomó a su cargo la defensa de Santo Domingo, y al coronel don Cristóbal Salinas se encomendó la defensa del Carmen.

Como mi compañía era una de las maniobreras y debía por lo mismo utilizarse para las salidas que se ordenaran, no conté con ella al posesionarme del convento de Santa Catarina, sino que se me dió un piquete de guardia nacional de Ocotlán a las órdenes del capitán don Ramón del Pino; otro de la guardia nacional de Tuxtepec a las órdenes del subteniente don Marcos Carrillo, quien después llegó a ser general, y otro de caballería desmontada de Jalacatlán a las órdenes del alférez don Vicente Bolaños, actualmente teniente coronel en depósito, formando todos un total de 60 hombres. Con esta fuerza fortifiqué el punto a mi manera, pues entonces conocía yo poco de este arte, establecí una comunicación cubierta con el convento de Santo Domingo y puse mi posición en buen estado de defensa.

Los serranos de Oaxaca son casi todos cazadores y tienen por lo mismo muy buena puntería, y por ese motivo y para que los condenados a muerte no fueran martirizados al fusilarlos, en las ejecuciones que ha-

bía en aquella ciudad, se mandaba traer gente de la Parada, y esta reputación la sostuvieron los serranos durante el sitio de Cobos. Frente a nuestra trinchera de la iglesia de la Sangre de Cristo, que defendía don Luis Fernández del Campo, tesorero del Estado, había a cosa de ciento cincuenta metros de distancia, una pequeña fortificación en el balcón de una casa, y allí estaba situado un soldado de muy buena puntería, que hacía mucho mal a nuestras fuerzas.

No sabiendo cómo desembarazarse de ese enemigo, solicitó don Luis Fernández del Campo, para apagar sus fuegos, que le mandara yo dos soldados de la sierra, y designé para ese servicio a Luis Ramírez y a Isidro García, ambos de la guardia nacional de Ixtlán que estaban conmigo en Santa Catarina.

Ramírez se situó en la azotea del cuartel de la Sangre de Cristo, y García en la trinchera, ambos en acecho del enemigo, esperando que el claro de la tronera enemiga se oscureciera como sucedía cuando se acercaba el tirador. Cuando llegó ese momento disparó Ramírez con tanto acierto, que el soldado enemigo cayó muerto sobre el balcón, quedando medio cuerpo afuera, y cayendo a la calle su sombrero y su fusil; sus compañeros lo retiraron, pero dejaron abandonado el sombrero y el fusil, y en la tarde, el cabo Manuel Vargas, joven de cosa de 19 años de edad, tuvo el sin igual arrojo de ir solo hasta el pie de la trinchera enemiga, recoger ambas piezas y volver con ellas a la trinchera de la Sangre de Cristo, sin que le hubiera pasado nada. Probablemente se aprovechó de un momento de descuido del enemigo, pues de otra manera le habría sido imposible regresar vivo.

El doctor don José Antonio Gamboa, era entonces mayor de artillería, y comandante de una trinchera situada en la calle del Reloj^a hacia San Pablo, que estaba cerca de mi posición. Gamboa tenía a su esposa consigo, y esto le proporcionaba mayores comodidades y elementos para la vida, de los que yo podía disponer. Me invitaba a comer en su casa, y cuando el sitio avanzó y comenzaron a escasearse los comestibles, noté las dificultades que tenía su esposa para servirnos los alimentos, y no pudiendo pagar en dinero las atenciones que me había dispensado, salí un día del perímetro fortificado con el objeto de conseguir comestibles. Compré una pierna de puerco, que llevé a la señora Gamboa, y notando que

a) 2^a de la Reforma en la nueva nomenclatura.

no se ponía en la mesa, supe después que había salido con triquina, y esto me mortificó mucho.

Desde la azotea de Santa Catalina, que dominaba las casas contiguas, por ser todas bajas, noté un día que en una de ellas había muchas gallinas, lo cual ratifiqué después con el canto de los gallos, y me propuse pasar a esa casa, no obstante de que estaba dentro del perímetro ocupado por el enemigo, y poniendo en ejecución este proyecto salí un día de mi posición, acompañado solamente del sargento José María Martínez, crucé la calle a pesar del fuego que nos hizo el enemigo, forcé la puerta de la casa que contenía las gallinas y entre Martínez y yo nos sacamos todas las que pudimos coger violentamente, cosa de doce, y con toda la prisa posible, porque la detención de unos cuantos minutos habría dado tiempo al enemigo para ocurrir a la casa y no dejarnos salir de ella, pues estaba muy cerca, llevamos las gallinas que presenté ufano a la señora Gamboa.

El enemigo que estaba preparado esperándonos, nos hizo a la salida un fuego vivísimo, pero por fortuna no nos ofendió, aunque sí mató a una de las gallinas que yo llevaba e hirió a otras dos, y este pequeño incidente causó una gran alarma en la plaza, pues se le dieron proporciones que no tenía. Gamboa le llamó humorísticamente la batalla de las gallinas.

El descuido del enemigo respecto de las manzanas que cubría con su fortificación y el deseo de adquirir víveres, me hicieron concebir la idea del ataque a la trinchera del Cura Unda, de que hablaré en el capítulo siguiente.



SEÑOR DOCTOR DON JOSÉ AGUSTÍN DOMÍNGUEZ, OBISPO DE ANTEQUERA (OAXACA),
PRIMO Y PROTECTOR DEL NIÑO PORFIRIO DÍAZ

(Fot. Monroy) (Galantería del Sr. Lic. Jorge Fernando Iturribarria)

UNAM